

Más tiempo para leer
Te regalamos una selección de
nuestras mejores lecturas, porque
#yomequedoencasaleyendo

A*

Leila Guerriero

Instrucciones

Diez instrucciones de Teoría de
la gravedad

EDICIÓN NO VENAL. ABRIL 2020

Primera edición, 2019

Segunda edición ampliada, 2020

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Leila Guerriero, 2019, 2020

© del prólogo, Pedro Mairal, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Todos los textos incluidos en este libro se publicaron en el diario *El País* entre los años 2014 y 2019

Imagen de cubierta: © Antonio Terlizzi

Fotografía de la autora: © Emanuel Zerbos

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17977-17-7

Depósito legal: B. 7.042-2020

Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Instrucción 1

Vaya hasta la sala de su casa. Déjese caer en un sillón. Él va a llegar poco después. Mire por la ventana, como si intentara que él se diera cuenta de que usted es el pararrayos de la melancolía de todo el universo. Él va a preguntar: «¿Qué pasa?». Piense: «Que todo lo que me gusta de vos ha desaparecido». Diga: «Nada, ¿por?». Él va a decir: «Estás pensativa». Sienta que la garganta se le cierra como si un puño intentara atravesarle la tráquea. Él va a decir: «¿Querés que vayamos a un bar, al cine?». Diga: «No tengo ganas». Él va a decir «Como quieras». Sienta ira. Pregúntese por qué él no insiste. Sienta que sus pensamientos se confunden como insectos histéricos. Sienta deseos de beber, de fumar. Pregunte: «¿Compraste algo para la cena?». Él va a decir: «No, ¿vos?». Diga: «No». Él va a decir: «No importa. Comamos cualquier cosa». Diga: «Bueno». Mire cómo él se pone de pie y va hacia la cocina. Sienta que la tristeza es un río barroso del que usted ya no va a salir nunca. Póngase de pie. Camine hacia la cocina. Él va a estar mirando el diario. Sienta que su vida es perfecta —estuyendo trabajo, casa impecable—, pero que cualquiera

tiene una vida mejor que la suya. Sienta una rabia seca. Piense: «Quiero abrirme un hoyo en la mano». Piense «Él no se daría cuenta». Quiera sangrar profusamente. Diga «¿Querés vino?». Escuche cómo él dice: «No, gracias». Abra un cajón y, al cerrarlo, empújelo con fuerza excesiva. Vea cómo él levanta la cabeza. Diga con furia, como si fuera un canto guerrero: «Yo sí». Abra una botella. Escuche cómo él dice: «Amor, no te preocupes. Todo va a estar bien». Sienta que los ojos le queman. Pregúntese: «¿Esto que siento es odio?». Sienta que es necesario decir algo. Guarde silencio. Piense: «¿Esto que siento es desprecio?». Empiece a cocinar.



Instrucción 2

Mírese al espejo del baño. Repase el delineador, el rímel. Piense «Debo ponerme los aros que me regaló». Vaya hasta su cuarto, búselos, póngalos. Tome su bolso, salga de la casa, suba a un taxi, dígale al taxista el nombre del hospital. En el hospital, haga el camino que conoce de memoria. Golpee la puerta suavemente, abra. Respire la atmósfera de la habitación, cargada de olor a sábanas limpias. Piense, como piensa siempre, «Qué linda luz». Salude a su madre, sentada junto a la cama. Vea cómo le indica que no haga ruido porque su padre, después de una noche de dolores sangrientos, duerme. Pregunte, como siempre pregunta, cómo está. Escuche, como siempre escucha, la misma respuesta. Siéntese. Mire a su padre en esa cama en la que lleva ya dos meses. Siéntase irritada. Pregúntese: «Para qué vengo, si no puede verme». Piense: «Si yo estuviera en su lugar, él elegiría morir por mí». Piense: «Me aburro». Converse con su madre de cosas que no le interesan. Al cabo de dos horas, mientras su padre aún duerme, salga de la habitación. En el pasillo, encuéntrese con el médico que lo atiende. Pregúntele cuánto tiempo le queda.

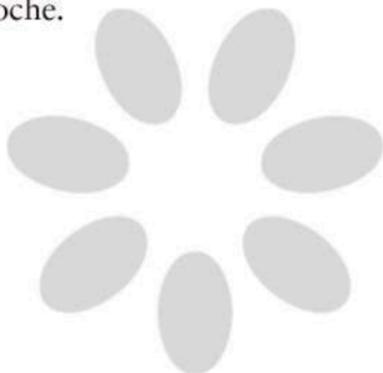
Escuche cómo el médico le dice: «Poco». Sienta alivio y sienta pánico y sea descortés: márchese sin saludarlo. Tome el ascensor, salga a la calle, suba a un taxi, regrese a su casa. Después de cenar, al acostarse, apague el teléfono móvil. Piense: «Así evitaré que suceda esta noche». Piense «Soy una idiota». No pueda dormir y, en algún momento, duérmase. Tenga sueños fangosos. Despiértese a las tres de la mañana con el sonido del teléfono fijo. Deje que suene dos, tres, cinco veces. Salga de la cama. Camine hasta la sala. Levante el tubo. Diga, horrorizada, «Hola». Piense: «De modo que así es como me empiezo a quedar huérfana».



Instrucción 3

Siéntese en su estudio. Intente escribir. Escriba. Borre. Dígase a sí mismo: «Esto está muerto». Dígase: «Estoy muerto». Levántese. Vaya a la cocina y haga un té. Bébalo mirando por la ventana, enloquecido por la lentitud del mundo. Pregúntese cuándo fue la última vez que escribió algo bueno. No se atreva a pensar una respuesta (pero sepa que la respuesta es: «La semana pasada»). Pase los tres días siguientes intentando escribir. Fracase. Siéntese cada tarde a leer fragmentos de cosas que haya escrito antes. Dígase: «Ya no podré volver a hacerlo». Ante su mujer, muéstrese osco. Cuando ella pregunte qué le sucede, responda: «No puedo escribir». Cuando ella diga: «No te preocupes, cada tanto te pasa», responda «Esta vez es definitiva». Cuando ella diga, cariñosa, divertida: «Siempre decís lo mismo», trátela mal. Dígale que ella no sabe nada, porque no escribe. Dígale: «Nadie puede hacer nada por mí». Cuando deje la habitación, ofendida y después de mirarlo con furia, siéntase culpable pero no vaya tras ella. Sobre todo, no pida disculpas. En la noche, al acostarse a su lado, diga «Que descanses», como si fuera el saludo de un desahuciado. Pase dos o

tres días bebiendo mucho. En las mañanas, apenas despertar, sienta el peso de la angustia como un pájaro muerto sobre el pecho. Acuéstese temprano, vacío, aburrido, sin saber qué hacer. Al cabo de dos semanas lea, dentro de su cabeza, una frase. Corra a su estudio. Siéntese. Abra la computadora. Escriba. Escriba más. Escriba durante dos horas. Al terminar sienta hambre, ganas de tener sexo y de gritar. Llame a su mujer, léale lo que ha escrito en voz alta, vea cómo ella se emociona. Piense: «Soy patético». Cuando esté solo nuevamente diga, en voz alta: «Soy patético». Sonría. Siga escribiendo hasta el final de la noche.



Instrucción 4

Dígale adiós en un aeropuerto (o en una estación de tren, o de autobuses). Después, camine hacia la salida y no se dé vuelta. Repase los últimos rastros de su olor en la memoria (recuerde el último beso). Pregúntese si ella se habrá dado vuelta. Dese vuelta. Vea cómo ella ya ha desaparecido. Camine hacia la salida. Sienta una opresión en el pecho. Piense: «Si esto fuera una película, yo debería correr hacia ella y ella debería estar corriendo hacia mí». Siga caminando; esto no es una película y usted no tiene tiempo que perder: debe empezar a sufrir. Sufra. Diga: «Hola, aquí está el dolor». Diga: «Hola, bienvenido dolor». Sepa que sentirá eso durante mucho tiempo. Pregúntese si va a soportarlo. No encuentre respuesta. Camine hacia la calle. Encienda un cigarrillo. Sienta náuseas. Piense: «El tiempo pasó demasiado rápido». Sienta que sería capaz de recordar todos los días que pasaron juntos, hora tras hora. No lo haga: déjelo para después, para cuando su ausencia se vuelva insoportable. Camine hasta el auto. Meta la llave en la cerradura. Abra la puerta. Piense: «Hace media hora estábamos aquí». Respire el aire de la cabina. Mire el asiento

trasero, donde hasta hace poco estaba la valija. Sienta cómo cada poro de su cuerpo se abre como una boca llagada. Pregúntese qué estará haciendo ella ahora. Pregúntese si pensará en usted. Pregúntese cuándo va a volver a verla. Pregúntese si volverá a verla. Suba al auto. Ponga el auto en marcha. Salga del estacionamiento. Respire. Mírese en el espejo retrovisor. No se reconozca. Piense: «Ese no soy yo». Diga en voz alta: «Te necesito». Diga en voz alta: «Te extraño». Maldígase. Sienta que nada tiene sentido y que no lo tendrá por mucho tiempo. Piense en morir. Elija no morir. Siga adelante.



Instrucción 5

Cuando le recuerde que tienen una cena el viernes en casa de sus amigos, note que él preferiría no ir. Diga: «Voy sola». Escuche que él dice «No, te acompaño». Sienta alarma. No sepa por qué. El día de la cena, mientras van en el auto, vea que él frunce la boca como hace cuando quiere demostrar reticencia. Pregúntele: «¿Tenés hambre?». Escuche cómo él dice: «No mucha». Una vez en el sitio toque el timbre, espere. Diga «Hola» cuando le abran. Ya dentro, acepte la copa de vino que le ofrecen los anfitriones. Converse mientras él, de pie, bebe sin hablar con nadie. Cuando los dueños de casa inviten a la mesa, note que él se hunde en un mutismo del que sólo saldrá para decir «Está seca, ¿no?», refiriéndose a la carne que acaban de servir, en voz demasiado alta. Diga «No me parece». Empiece a sentir que el silencio de él está cargado de una ofuscación agria. Hable con los demás —de su trabajo, de política— y sienta que él la escucha y piensa que usted es una hipócrita. Vea cómo él, de pronto, toma dos tenedores, los clava en un trozo de pan, intenta colocar el artefacto en el borde de una jarra. Vea cómo el artefacto se desbarranca y salpica el

contenido de la jarra en el mantel mientras los dueños de casa dicen «¡No es nada!». Vea cómo él no pide disculpas. Al final de la cena, despídase, agradezca. Suba al auto. Sienta la ira como un hoyo de fuego. Diga: «¿Te pasaba algo?». Escuche cómo él dice, en tono inocente: «No, ¿por?». Diga: «No hablaste en toda la noche». Escuche que él dice: «Estaba cansado». Diga: «Cuando te vi con el pan y los tenedores pensé “¿Quién es este hombre?”». Sienta que el espacio que los separa se ha transformado en un bloque de granito. Vea que él pone en marcha el auto como si estuviera ahorcando a un animal. Escuche que dice: «Yo también me pregunto quién sos». Sepa que acaba de hacer algo irreversible. Quédese inmóvil. Espere que la catástrofe termine de suceder.



Instrucción 6

Pase un buen rato en el supermercado. Esfuércese. No siempre hace las compras, así que aplíquese con entusiasmo. Mire la lista que han confeccionado juntos: harina, huevos, café. Cuando no encuentre lo que busca —eso que en la lista figura con todo detalle: marca, cantidad— pregúntese: «¿Qué hubiera comprado ella?». Escoja en consecuencia. Después de un rato, chequee si falta algo y diríjase a la caja. Pague. Camine hasta su casa con brío, las bolsas colgando de los brazos potentes. Siéntase como un cazador-recolector que regresa a la cueva con la presa al hombro. Al llegar, anuncie: «¡Llegué!». Vea cómo ella se acerca caminando por el pasillo, con esa actitud que tiene en los últimos tiempos, como si se sintiera molesta, incordiada por algo que usted no alcanza a saber qué es. Deje las bolsas sobre la mesa y empiece a sacar la mercadería. Diga: «Acá está el té, la harina». Escuche cómo ella dice: «Esa no es la harina que te pedí». Diga: «No había, pero traje esta que parecía igual». Escuche cómo ella dice: «No es igual. Es más gruesa». Sienta, dentro suyo, un cosquilleo en el que se mezclan la tristeza y la ira. Diga: «Bueno, la cambio».

Escuche que ella dice: «No vas a ir sólo para cambiar un paquete de harina. En algo la usaremos». No responda. Vea cómo ella tiene en el rostro esa expresión que a usted le produce miedo y alarma: un gesto rígido de reprobación muda, como si todo su ser estuviera diciendo: «No se puede confiar en vos, no hacés nada bien». Recuerde cómo, hasta hace poco, usted era su héroe: cómo ella tenía fe en que usted podía arreglarlo todo: un caño roto, la falta de dinero, incluso el clima. Diga: «Traje arándanos». Escuche cómo ella, ya de espaldas, yéndose por el pasillo, dice: «Bueno. A vos te gustan». Pregúntese cómo, por qué, en qué momento empezó a ser, para ella, un perfecto imbécil.



Instrucción 7

Tiene que empezar de a poco. Un día cualquiera dígame una mentira menor. Miéntale, por ejemplo, con el precio del cactus que acaba de comprar. A ella el precio real le parecería un escándalo, entonces dígame que lo pagó mucho menos. Vea cómo ella, en vez de decir «¿Pagaste eso por un cactus?», de mirarlo con una reprobación muda que a usted ha empezado a producirle un miedo cervical, sonrío, dice qué lindo. Sienta que dentro suyo crece algo parecido al alivio. Después de todo, era fácil: sólo se trataba de mentir un poco. Empiece a hacerlo seguido, siempre con pequeñas cosas. Convéngase de que son maniobras de reacomodamiento, necesarias para que usted nunca vuelva a pensar, como ha pensado, «¿Quién es esta mujer, por qué me mira como si me odiara?». No le diga que votó a la derecha: dígame que votó a la izquierda, como ella. No le diga que el perro se escapó unas cuerdas porque usted lo sacó sin correa: dígame que se asustó y que usted no tuvo fuerzas para retenerlo. Dígame que salió a correr —aunque no haya salido—, que pasó un lindo feriado estando solo mientras ella trabajaba —aunque desde las dos de la tarde la

quietud opresiva de la ciudad le haya pesado como una manta negra. Sienta que el alivio, dentro suyo, crece. Después de todo, era fácil ahuyentar el miedo. Sólo se trataba de inyectar una dosis de ficción inocua. De limar las partes de su personalidad que a ella —quién sabe desde cuándo— la desesperan. De ofrecer una versión de usted desinfectada. Pase así uno o dos años. Un día, mientras estén cenando, vea cómo ella se lleva el tenedor a la boca con un gesto remilgado, desconocido, y escuche que le anuncia que se hará vegetariana. Sienta que dentro suyo la cólera crece. Las mentiras encerradas en un cuarto oscuro son, ahora, gatos dementes que arañan la puerta. Pregúntese «¿Quién es esta mujer?». Sepa que todo está perdido.



Instrucción 8

Mire por la ventanilla del auto. Vea cómo, a su derecha, se alinean moles de cemento y vidrio. Sienta frío, aunque sea un sábado soleado. Recoja los pies en el asiento. Mírelo a él, que conduce. Piense: «Qué guapo». Diga: «Qué feos esos edificios». Escuche cómo él dice: «Sí». Diga: «Tendríamos que llamar al plomero, por lo del caño». Escuche cómo él dice: «Bueno», no como si no le importara sino como quien considera el asunto algo muy poco entretenido para un día como ese. Siéntase, de pronto, urgida, como si quisiera enmendar una falta. Diga «¿Y si vamos al teatro?». Escuche cómo él dice: «¿Sí?». Diga: «Mejor no». Piense: «Si no nos gusta el teatro». Sienta una voluntad rara: como si quisiera complacerlo, pero haciendo cosas que usted nunca hace, en una actitud que sabe que resultará ridícula y sospechosa. No pueda detenerse. Diga: «¿Y a una galería de arte?». Escuche cómo él dice: «¿Y si vamos al recital en el parque, a la noche?». Piense: «Calor, mosquitos, horas fuera de casa». Responda: «Mañana tengo que trabajar». Arrepiéntase. Pregúntese qué fue de esa chica que usted era: alguien capaz de ir a un recital en cualquier momento,

alguien que vivía en un departamento en el que había un solo plato, un solo tenedor, un solo juego de sábanas. Piense en la casa en la que viven ahora donde, hace una semana, encontró un juego de toallas sin estrenar compradas cinco años atrás. Diga «Bueno, podemos ir y volver temprano». Escuche cómo él dice, con sinceridad serena: «No. Está bien. Nos gusta pasear. Vamos al río». Mírese los dedos de los pies, encogidos como garras. Pregúntese: «¿Qué queda de mí?». Mire por la ventanilla. Siéntase ansiosa como un pájaro que choca contra un vidrio y busca una salida que no existe. Piense —con alivio y con pánico, con agradecimiento y terror— «Podemos seguir así veinte años más».



Instrucción 9

Debe pasar muchos días silenciosa, vuelta hacia dentro como un abrigo puesto del revés, sin entender qué le sucede. Cuando en su trabajo la feliciten por el proyecto que dirige diga «gracias», siéntase entusiasmada, conserve por un minuto la esperanza de estarlo. Después, perciba cómo el desánimo cae otra vez sobre usted como una manta húmeda. Un día dígame: «Antes era distinto». Sienta, inmediatamente, que nunca hubo antes. Que el presente es lo que siempre ha habido y lo que siempre habrá: una manada de días iguales, usted y él en un departamento hermoso, entre muebles hermosos, paseando los fines de semana en un auto hermoso. Cuando la asalten recuerdos dispersos —usted y él riendo en un bar, bailando—, aléjese de ellos como de cuchillos infectados. Piense: «En algún momento se va a dar cuenta, me va a preguntar qué me pasa». Día tras día, continúe muda. Su voz, un alambre torcido, apenas servirá para decirle: «¿Cómo te fue?». Una noche, durante la cena, intente una conversación. Apenas comience a hablar, comprenda que ni siquiera sabe qué decir. Sienta que usted misma se ha traído hasta aquí y se ha trans-

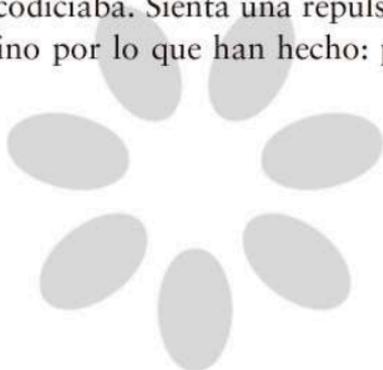
formado en esto que es: alguien con una vida feliz perfectamente infeliz. Sienta que sus frases suenan como un berrido, la queja patética de una mujer ridícula. Él no dirá nada. Sólo alternará la vista entre el televisor y el plato. Dígale, temerosa: «¿Qué pensás?». Él va a mirarla como si lo estuviera importunando, y usted verá en sus ojos un desprecio agusanado y antiguo. Sienta ganas de correr. Más tarde, tome una pastilla para dormir. No duerma. En mitad de la noche, siéntese en la cama y escuche cómo él respira sereno. Cuando piense: «Lo aborrezco», no sienta culpa sino pánico. Como si hubiera pensado lo único que no podía pensar. Como si hubiera decapitado el último soplo de vida de un pájaro enfermo.



Instrucción 10

Están juntos desde hace quince años. Después de mucho tiempo, hacen algo que antes hacían a menudo: van a un recital en un parque. Sorpréndase cuando el olor de los baños químicos mezclándose con el de la comida de decenas de puestos ambulantes, que antes lo enardecía, ahora le produzca náuseas. Piense que ella, de todos modos, parece contenta, despreocupada. Coman algo. Deambulen. Cada tanto pregúntele «¿A qué hora empieza?», en el mismo tono en que le pregunta «¿Pagaste el seguro del auto?». Sepa que ella detectará en su voz la nota de fastidio. Note cómo se contrae al responder «Falta una hora», para después sumergirse en un silencio hosco. Sin embargo, cuando el recital está por comenzar, ella lo toma alegremente de la mano y tracciona hacia delante, buscando sitio entre la multitud. Usted había olvidado ese brío, esa firmeza. Sienta un rayo de admiración, que se esfuma rápido. Ella se vuelve y lo mira con una sonrisa plena. Sienta que ella no está feliz: que actúa desesperadamente como si lo estuviera. Cuando la banda sale al escenario, ella aúlla, salta. Siéntase incómodo, avergonzado, como si estuviera con una mujer

desconocida, escandalosa. Pregúntese: «¿Ella era así antes?». Y después: «¿Antes de qué?». De pronto, en mitad de un tema, ella se cuelga de su cuello y lo besa seminalmente, como si quisiera matarlo. Responda al beso con los labios duros, refractarios. Sienta que ella es un anzuelo intentando capturar el recuerdo de un recuerdo muerto, un gran instrumento inútil haciendo esfuerzos por volver a sonar. Sienta que todo es deforme y falso, un cuento que ella se cuenta a sí misma porque nunca dejará de buscar en usted al héroe que jamás fue, o que fue antes, o que fingió ser cuando ella era alguien a quien usted codiciaba. Sienta una repulsión demente. No por ella, sino por lo que han hecho: por lo que se han hecho.





Libros del Asteroide